

Herederos de Promesas, Prisioneros de Esperanza (Cap. 10)

Josué 13-21

Imagina cómo una herencia de cincuenta millones de dólares descubierta por un abogado de familia reestructuraría la forma en que piensas, planificas y actúas para el futuro. Para la mayoría de los lectores modernos, los capítulos 13 al 21 del libro de Josué representan una lista casi interminable, tediosa y poco emocionante de ciudades, pueblos y puntos de referencia geográficos que delinean los límites de la porción asignada a cada tribu en la **Tierra Prometida**. Pero para los patriarcas, la tierra prometida por Dios tenía un poder que reordenaba su perspectiva para el futuro y moldeaba la forma en que vivían sus vidas cotidianas.

La tierra e Israel

La tierra como promesa.

Desde su concepción, la **tierra** tuvo un profundo significado como una **promesa pactual** a Abraham y sus descendientes. El viaje de Abraham al territorio designado por Dios marcó el comienzo de un **pacto sagrado** entre él y su Creador (Génesis 12:1-3; Hebreos 11:8-10). Este pacto, arraigado en la promesa divina, estableció un vínculo permanente entre Dios y Su pueblo escogido. La tierra, por lo tanto, sirvió como más que un mero terreno geográfico; encarnaba la **relación pactual** entre los patriarcas y Dios, simbolizando la seguridad y la herencia divinas.

Sin embargo, durante cuatro siglos, la **tierra** permaneció solo como una **promesa**, aunque siguió sirviendo como un faro de esperanza en medio de desafíos que parecían hacer imposible el cumplimiento del pacto. La promesa de la tierra se mantuvo como un recordatorio tangible de la intención de Dios, incluso frente a la adversidad. A través del paso de las generaciones, la tierra retuvo su significado como una **herencia prometida**, sosteniendo la identidad espiritual de los israelitas. La promesa de la tierra proporcionó una base de esperanza y resiliencia, anclando la fe de Israel en las promesas duraderas de Dios (Génesis 15:18-21; Josué 21:43-45).

La tierra como don.

Con el cruce del Jordán y la conquista de ciudades y territorios clave, la promesa a los patriarcas finalmente se convirtió en un hecho tangible.¹ El marco para la identidad y el orden social de Israel estaba incrustado dentro de la **tierra**. La asignación de territorios entre tribus, clanes y familias no fue meramente una división de tierra, sino una manifestación de los principios de Dios para ordenar una sociedad que reflejara Su carácter.² Cada división dentro de la tierra reflejaba la estructura social que Dios pretendía,

enfaticando la importancia de la igualdad de oportunidades y, al mismo tiempo, la **responsabilidad comunitaria** y la cooperación entre el pueblo escogido (Números 26:52-56).

La **tierra** ofreció más que límites físicos; proporcionó a los israelitas un sentido de pertenencia y unidad. Su residencia dentro de la tierra afirmó su identidad como un **pueblo escogido**, distinto de otras naciones (Deuteronomio 7:6; 14:2; 10:15; 11:8, 9; 12:29-31). Este sentido de **identidad colectiva** fomentó la solidaridad y el apoyo mutuo entre las diversas tribus y familias, reforzando los lazos de parentesco y la obligación pactual.

La tierra como espejo del carácter de Dios.

La posesión de la **tierra** también facilitó una comprensión más profunda del **carácter y la fidelidad de Dios**. La tierra sirvió como una expresión tangible de las **promesas pactuales de Dios**, un recordatorio constante de Su compromiso inquebrantable con Su pueblo escogido. A través de su residencia en este territorio prometido, los israelitas pudieron obtener conocimientos sobre el cuidado providencial y el amor inquebrantable de Dios (Deuteronomio 11:10-12), fomentando un profundo sentido de gratitud y reverencia (Salmos 105:8-11).

En contraste con la agricultura de Egipto basada en la irrigación, donde los recursos eran abundantes, la **tierra de Canaán** demandaba un nivel más profundo de dependencia de la **providencia divina**. Los desafíos de depender de las lluvias tempranas (primavera) y tardías (otoño) controladas por el Señor, el Creador, sirvieron como oportunidades para el **crecimiento espiritual**, probando el compromiso de Israel con la relación pactual con Dios (Deuteronomio 8:7-10; 28:1-14). Hubo momentos, sin embargo, en que Israel no dependió de Dios y sucumbió a las peligrosas trampas que llevaron a la idolatría (Jueces 2:11-15).

La tierra como responsabilidad.

Vivir en la **tierra** requería la adhesión a los requisitos pactuales descritos en la Torá. Los israelitas fueron llamados a vivir vidas de **justicia y obediencia**, honrando los mandamientos y estatutos de Dios. La tierra sirvió como una prueba de fuego para la **fidelidad** de los israelitas a Yahvé, desafiándolos a permanecer fieles en medio de la prosperidad y la adversidad. A través de sus experiencias en la tierra, los israelitas aprendieron la importancia de la humildad, el arrepentimiento y la confianza en el cuidado providencial de Dios (Deuteronomio 7:12-16; Josué 23:14-16).

Israel tenía que recordar que, en última instancia, la **tierra pertenecía a Dios**, significando la propiedad divina sobre la tierra (Salmos 24:1, 2). Aunque otorgada a Israel como un don, la tierra sirvió como un recordatorio de la posición del pueblo como **extranjeros y inquilinos temporales** de la tierra de Dios. La tenencia de los israelitas en la tierra dependía de su fidelidad al Señor y de su adhesión a los principios descritos en el pacto. Como **mayordomos** de la creación de Dios, Israel tenía la tarea de mantener la santidad de la tierra y vivir en armonía con la voluntad de Dios (Levítico 25:23).

Es en este contexto de una comprensión teológica más amplia de la **tierra** que debemos abordar la **distribución de la herencia de Israel**. El capítulo 13 marca el comienzo del tercer segmento significativo del libro de Josué, caracterizado por las directrices de Yahvé transmitidas a Josué. Estas directrices se implementan luego en los capítulos 14 al 21. El enfoque central de toda esta sección gira en torno a la **distribución de la tierra**, denotado prominentemente por el uso frecuente del verbo *khalaq*, que significa "dividir" o "repartir". La sección precedente del libro retrató la conquista como habiendo logrado en gran medida tanto el cumplimiento de la promesa a los patriarcas como la superación de la oposición cananea, estableciendo así un firme punto de apoyo para Israel en la tierra. Con la presencia de Israel asegurada, los territorios desocupados restantes podrían ser posteriormente sometidos.

Los capítulos 13 al 21 detallan intrincadamente la **división de la tierra** entre las diversas tribus de Israel. Esta asignación no solo informa a los israelitas sobre sus territorios repartidos, sino que también delinea las áreas aún por ocupar dentro de ese dominio. El concepto de **plenitud e incompletitud** en la conquista no debe considerarse temas conflictivos, sino más bien facetas complementarias de la misma realidad. Los israelitas encuentran seguridad al residir dentro de la tierra que Dios les otorgó como herencia, afirmando su tenencia legítima y justa bajo la **propiedad divina**. Simultáneamente, el asentamiento completo de la tierra trae consigo dimensiones aún mayores de alegría y abundancia en la vida.

Dios reiteró Su compromiso de desplazar a los habitantes de la tierra y volvió a enfatizar las **obligaciones individuales y colectivas** de cada tribu para tomar medidas proactivas. Estas obligaciones se ilustraron a través de los ejemplos de Caleb (Josué 14:6-15), Acsa (Josué 15:13-19), las hijas de Zelofehad (Josué 17:3-6) y, por supuesto, el propio Josué. Estos relatos describen colectivamente una interacción dinámica entre la **iniciativa divina** y la **respuesta humana**. La acción divina de Dios debe ser correspondida con la agencia humana. La primera mitad del libro delinea cómo Dios concedió la tierra al desplazar a los cananeos, mientras que la última ilustra cómo Israel adquirió la tierra al habitarla.

La tierra y nosotros.

Aunque el Nuevo Testamento no aborda la cuestión de la **tierra** con la misma intensidad, la comprensión teológica de la relación entre Israel, Dios y la tierra recibe una nueva aplicación en las enseñanzas de Jesús y los apóstoles. El pueblo de Dios no tiene una herencia geográficamente definida, pero está claro que la **herencia de la iglesia es el reino de Dios** (Mateo 25:34; 1 Corintios 6:9; 15:50; Gálatas 5:21; Efesios 5:5; Santiago 2:5). Así como la tierra fue inicialmente una promesa, luego un don y luego un desafío, así el **reino de Dios** para nosotros encarna todos estos aspectos.

Las promesas de Dios son seguras

Somos **herederos de las promesas de Dios** (Hebreos 6:11), y en cuanto a Su historial de cumplimiento, la conclusión bíblica es unánime: ¡Él ha sido fiel! (Josué 21:45; Nehemías 9:8;

2 Samuel 7:19, 21, 25, 28). Si eso no fuera suficiente, Dios fue aún más lejos y respaldó Sus promesas dándonos una **garantía**: la presencia del **Espíritu Santo** en nuestros corazones (2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:14). La palabra griega *arrabon* utilizada por el apóstol Pablo puede traducirse como "arras" o "pago inicial". En tiempos bíblicos, como hoy, cuando un vendedor quería asegurarse de que el comprador hablaba en serio, tomaba un depósito, lo que aseguraba al propietario dos cosas. Primero, el pago inicial validaba el contrato de venta y le daba al comprador el derecho a reclamar la propiedad. Segundo, el comprador se comprometía a pagar el saldo restante en su totalidad según el cronograma acordado o a perder el pago inicial.³ El derramamiento del Espíritu Santo fue posible a través de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Dios ha pagado un precio infinito por nuestra redención. Parafraseando la imagen utilizada por el apóstol Pablo, el pago inicial que Dios dio por nuestra redención es demasiado grande como para que Él se dé por vencido con nosotros. Podemos vivir con la certeza de que Sus **promesas nunca fallan** (Tito 1:1, 2), y Él permanecerá fiel al pacto que fue ratificado y asegurado por el **sacrificio de Jesucristo, Su Hijo** (2 Corintios 1:20; Hebreos 8:6).

Los israelitas pudieron disfrutar de los frutos de la tierra desde el primer día que pusieron un pie en la **Tierra Prometida** (Josué 5:11,12), pero eso no significaba que todas las bendiciones de la tierra ya fueran suyas. Pasarían muchos años antes de que se convirtieran en poseedores de todos los beneficios inherentes a la tierra. De manera similar, nosotros ya podemos disfrutar de los frutos de la **redención de Cristo** como coherederos con Cristo (Romanos 8:17; Gálatas 3:29). Podemos tener un anticipo de *«la bondad de la palabra de Dios y los poderes del siglo venidero»* (Hebreos 6:5). Al mismo tiempo, todavía anhelamos nuestra **redención plena** que nos liberará del sufrimiento, el dolor y la muerte (Romanos 8:23; 2 Corintios 5:2; cf. 1 Corintios 15:53, 54).

Esta **tensión entre el ya y el todavía no** nos lleva a la sensación de ser, en cierto sentido, extranjeros y peregrinos en la tierra que estaba destinada a ser nuestro hogar. Como los patriarcas que recibieron la promesa pero nunca poseyeron plenamente la tierra, nosotros esperamos la ciudad cuyo diseñador y constructor es Dios mismo (Hebreos 11:9-13).

Nuestro **estatus transitorio** en esta tierra plantea la pregunta: ¿Cómo podemos ser extranjeros si nacimos aquí, vivimos aquí y muy probablemente moriremos en esta tierra si el Señor no viene? Curiosamente, la Biblia nunca define el estatus de ser un extranjero en términos geográficos, sino desde la **perspectiva del tiempo**. Desde el punto de vista de la eternidad, vivimos en esta tierra por un tiempo, y luego fallecemos. Dado que no vivimos para siempre, nuestra existencia en esta tierra está limitada a nuestra vida útil, y la expresión más adecuada de esta realidad es que somos solo **extranjeros y peregrinos** (1 Pedro 2:11). Nuestro verdadero hogar estará en la **tierra renovada** (Juan 14:1-3; 1 Tesalonicenses 4:13-17; Apocalipsis 22:1-4).

Viviendo como herederos

La complejidad de la conquista, manifestada en la **tensión entre tener un control seguro de la tierra y los territorios no conquistados**, refleja la dinámica de la salvación. De manera similar a Israel, nuestra **salvación no se puede ganar**; más bien, es un **don** (Efesios 2:8, 9). Esta dinámica es similar a cómo la tierra fue un don divino para los israelitas basado en su relación pactual con Dios y no en ningún mérito propio. Sin embargo, para que los israelitas disfrutaran del don de gracia de Dios, tuvieron que asumir las responsabilidades inherentes a habitar la tierra, similar a nuestro **camino de santificación** a través de la obediencia amorosa a los requisitos de la ciudadanía en el reino de Dios (Filipenses 2:12; 3:20).

Este **proceso de santificación** solo puede tener lugar si nos centramos en nuestra **relación con Dios**. El desafío constante para los israelitas, si querían centrarse en esta relación, era evitar la tentación de estar tan absortos en el don (la tierra) que olvidaran al Dador (el Señor).⁴ El deseo de obtener los productos de la tierra sin una **dependencia constante** del Dueño de la tierra llevó a los israelitas a enredarse en las horribles consecuencias de los cultos de fertilidad y la adoración de demonios (Deuteronomio 32:17; Levítico 17:7; Salmos 106:37, 38).

Para que se realice la **plenitud de la promesa de Dios**, nosotros, como los israelitas de antaño, debemos cooperar con Dios para nuestra **salvación**. Esto incluye no retroceder ante las dificultades, *«porque tenéis necesidad de paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa»* (Hebreos 10:36). Como herederos de las promesas de Dios, estaremos constantemente perseverando y esforzándonos por vivir una vida pura y de principios, reflejando la santidad y el amor de Dios: *«Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios»* (2 Corintios 7:1).

El **don de la tierra** por parte de Dios a Su pueblo escogido, Israel, implicó su división entre tribus, clanes y familias en lugar de ser asignada en su totalidad (Números 34:13-18). Este enfoque tenía como objetivo prevenir la concentración de la propiedad entre unos pocos élites. El **sistema de distribución de la tierra** fue integral para fomentar una sociedad fundada en principios de **justicia, equidad e igualdad de acceso a las oportunidades**. La asignación de tierras en Israel refleja el deseo de Dios de generosidad y cuidado por los menos afortunados, como se demostró a través del principio del año sabático y las responsabilidades de los inquilinos. Este sistema tenía como objetivo proporcionar oportunidades para que los individuos superaran los desafíos financieros y comenzaran de nuevo. Sin embargo, el fracaso de los israelitas en mantener estos principios llevó a la pérdida de su tierra, sirviendo como una llamada de atención a su **desconexión espiritual de Dios** (Levítico 26:3-6, 14-17, 34, 35). En Cristo, todos tenemos una **participación igualitaria** en la herencia que Él proporcionó. No hay privilegios especiales para algunos a expensas de otros (Hechos 10:34; Romanos 2:11; Efesios 6:9), porque todos estamos bajo la autoridad del mismo Señor, Jesús: *«Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo Señor de todos es rico para con todos los que le invocan»* (Romanos 10:12).

Moldeados por nuestra herencia

En una ciudad bulliciosa, el sistema escolar apoyaba a niños hospitalizados, asegurándose de que no se atrasaran en sus estudios. Una maestra que había sido asignada para visitar a un niño recibió una simple solicitud del maestro regular del niño: ayudarlo a comprender sustantivos y adverbios. Inconsciente de la gravedad de la condición del niño, lo visitó, sorprendida por su estado quemado y adolorido. Incómodamente, introdujo el tema. El niño reunió todas sus fuerzas para permanecer atento. Cuando ella se fue, no sintió que se hubiera logrado mucho. Sorprendentemente, una enfermera le preguntó al día siguiente: "¿Qué le hizo a ese niño?". Cuando la maestra comenzó a disculparse, la enfermera explicó el impacto de su visita. La condición del niño comenzó a mejorar significativamente. Todo cambió cuando llegó a una simple **realización**: «*No enviarían a un maestro a trabajar en sustantivos y adverbios con un niño moribundo, ¿verdad?*»⁵

El interés que Dios ha manifestado en nosotros puede transformar nuestra perspectiva de la vida. Que la certeza de la **herencia indescriptiblemente rica** que Él ha reservado para nosotros moldee la forma en que vivimos diariamente, sabiendo que Él «*nos ha concedido sus preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia*» (2 Pedro 1:4).

¹ Walter Brueggemann, *The Land: Place as Gift, Promise, and Challenge in Biblical Faith*, 2nd ed., Overtures to Biblical Theology (Minneapolis, MN: Fortress Press, 2002), 45-50; Norman C. Habel, *The Land Is Mine: Six Biblical Land Ideologies*, Overtures to Biblical Theology (Minneapolis, MN: Fortress Press, 1995), 39-41.

² L. Daniel Hawk, *Berit Olam: Studies in Hebrew Narrative and Poetry: Joshua* (Collegeville, MN: The Liturgical Press, 2000), 180.

³ Robert L. Hubbard Jr., *Joshua, The NIV Application Commentary* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2009), 444.

⁴ J. G. Millar, "Land," in *New Dictionary of Biblical Theology*, ed. T. Desmond Alexander and Brian S. Rosner, electronic ed. (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2000), 627.

⁵ Historia basada en Joyce Hollyday, "Nouns and Adverbs", *Sojourners*, marzo de 1986, <https://solo.net/magazine/march-1986/nouns-and-adverbs>.